

"Nos conocimos en el mar. Sí, en el mar. A bordo de un barco, un día de julio. Un barco que había unido nuestras vidas. Una travesía, probablemente la más importante de mi vida. Iba a Mahón porque tenía que realizar un reportaje sobre los restos prehistóricos de la isla. Me interesaba. Volver al pasado, revivir el tiempo, intentar reconstruir lo no vivido.

La arqueología es una de mis aficiones, de mis pasiones. Cuando me llamó el director y me dijo que una revista inglesa estaba interesada en un reportaje de este tipo, me gustó enseguida la idea. El barco salía de Barcelona a las once de la mañana. El ambiente que se vive antes de la salida de un buque es absolutamente distinto al de cualquier otro viaje, ya sea en tren, avión o coche. Un viaje en barco es una ida hacia lo desconocido. El mar ha simbolizado siempre lo misterioso, lo oculto, lo inaccesible. Vientos, nieblas, tormentas, encrespadas olas, corrientes imprevistas. El mar guarda muchos secretos de la humanidad. En sus profundidades están los orígenes de la vida y, quizás, el futuro del hombre.

El puerto era un hervidero de gente con un denominador común. El calor. Una intensa ola de calor se cernía sobre nosotros. El andar se hacía más lento, el hablar más pausado. Me puse a la cola para recoger las tarjetas de embarque. Unas gitanas vendían lotería, melones, agua mineral y claveles. Poco éxito tenían en la venta. Una de ellas se acercó a mí.

—Anda morenito, cómprame un décimo que te tocan ocho millones.

—No, no quiero nada.

—Anda, no seas así. Sólo uno. Que tengo tres churumbeles que tienen que comer y a ti no te va de unos duros.

—Que no, mujer. No insistas que no quiero nada.

—¡Desaborío y tacaño! Eso es lo que eres —contestó enfadada mientras intentaba vender algo al resto de la cola.

—A los pocos minutos, con el pasaje en la mano, me encontraba subiendo por la pasarela. "Por estas escaleras arriba. Ya le indicarán" me explicó amablemente un camarero. Subí. Me indicaron el asiento que me correspondía. Volví a bajar para dejar en la consigna la bolsa de viaje. Así estaría más libre. Me guardé el resguardo en la cartera, me colgué mi máquina de fotos con sus objetivos y, sin pensarlo dos veces, me dirigí a cubierta para ver la salida del buque.

Era realmente un espectáculo único, al menos para mí, el ver como el barco, lentamente, se alejaba del muelle mientras rollos de papel higiénico se iban desuniendo de una manos amigas, para ir a caer a las aguas del puerto. El ver que cada vez nos alejábamos más y más de algo que parecía que queríamos, de algo que parecía que amábamos, de algo de lo que parecía que no nos podíamos desprender.

Allí queda a lo lejos, diminuta en la lejanía, la ciudad de los deseos y desdichas, sueños y anhelos no logrados, éxitos y fracasos ya olvidados. Giré la cabeza en dirección contraria. El mar. El extenso mar lo ocupaba todo. No se divisaba su fin, no se veía donde se acababa. Una fina línea se divisaba a lo lejos, separando el cielo y el mar. A lo lejos.

Empezaba a soplar un viento fuertecillo. El barco se empezó a mover con suavidad. Las olas se movían acompasadamente, con asombrosa uniformidad, con rítmica monotonía. El cielo estaba completamente despejado, azul, sin una sola nube. El calor, intenso, pero no tan asfixiante como en la ciudad.

Viajaba solo, pero no me sentía solo. Esta sensación la he tenido siempre que he hecho un viaje en barco en estas circunstancias. Siempre. Parece como si todas las personas que viajan en él se conocieran, que no son extrañas entre sí. Que hay un lazo de unión en la

búsqueda de lo desconocido, en el descubrimiento de lo insólito, en el ansia de aventura. Un barco es como una familia. Es un grupo de personas encerradas en un habitáculo en manos de las aguas.

Empecé a notar la boca seca, sensación de sed. Me acerqué a la barra del bar. El camarero, con la parsimonia propia del que no tiene prisa, iba atendiendo las insistentes peticiones de los pasajeros. Por fin conseguí llamar su atención. " Una coca-cola bien fría, por favor " le pedí. Al minuto estaba bebiendo casi de un solo trago el dulce y burbujeante líquido, con tanta rapidez, que alguna lágrima afloró a mis ojos.

—¿Sabe usted la hora aproximada que llegaremos a Mahón? le pregunté al agobiado camarero.

—Suele llegar hacia las nueve de la noche. Digo suele porque, a veces, llega un poco antes. Depende del viento ¿sabe?

Le di las gracias. Apuré la bebida. Dejé el vaso encima del mostrador y fui a sentarme un rato en mi asiento. Me encontraba cansado. Mis movimientos eran torpes. Apenas había gente sentada. La mayoría estaban en cubierta mirando el mar, tomando el sol, leyendo algún libro o periódico, conversando con alguien en algún rincón, resguardados del viento y del sol.

Cerré los ojos instintivamente. En estos momentos todo lo trascendental ha perdido su importancia. Lo pequeño, lo cotidiano, alcanza el máximo valor. Los detalles más nimios son el centro del universo, el eje de la vida. Es curioso. Ahora sólo me importan cosas muy concretas. La dirección del viento. Si habrá o no gaviotas en popa siguiendo el barco. Que altura tendrán las olas. Si veré algún delfín durante la travesía... Tantos y tantos detalles sin importancia en otro momento, pero que ahora, son decisivos. Fundamentales.

La travesía era muy tranquila, plácida, sin sobresaltos. Abrí los ojos. Todo seguía igual. Me levanté y fui hacia cubierta. Hacía dos horas, más o menos, que habíamos zarpado. La costa había desaparecido y tuve, de pronto, una brusca sensación de soledad, de aislamiento, de impotencia. Busqué una tumbona libre y, al fin, la encontré. No era muy cómoda, pero para mí era suficiente.

A pesar de viajar solo, no había cogido ningún diario, ninguna revista, ningún libro. Nada. Prefería observar, mirar, pensar. Ver a la gente, descubrir sus deseos. Para un fotógrafo, la observación del entorno es primordial para su trabajo. Por un momento eché de menos tener a mano un crucigrama, un jeroglífico, un entretenimiento para que el tiempo pasase más deprisa. A lo lejos, me pareció divisar el mástil de uno de esos veleros que durante esta época pasean por el Mediterráneo. El viento seguía soplando con una cierta intensidad, aunque había cambiado de dirección. No sé los nombres de los vientos ¿será Levante? Me prometí a mí mismo que al volver a Barcelona estudiaría a fondo los vientos, sus nombres, sus direcciones, sus orígenes, sus intensidades. Tendré que hacerlo.

Dos chicas en biquini pasaron junto a mí, una de ellas con una toalla amarilla colgada al hombro. Probablemente iban a la piscina a darse un baño. No parecía mala idea, pero me daba pereza. Además tenía el bañador en la bolsa de viaje, en la consigna. Extraje la máquina fotográfica de su funda, la colgué en el saliente de una silla y seguí observando el suave y rítmico movimiento de las olas.

Debían de ser las tres. No tenía reloj. También estaba en la bolsa. Es una manía, pero pocas veces lo llevo en los viajes. Una gitana me dijo hace muchos años que viajar con reloj traía mala suerte. Supongo que me tomaba el pelo, que se burlaba de mí. Quizá sí. Pero desde aquel día he seguido su consejo. Viajo sin llevar el reloj encima.

Empezaba a tener hambre. Lo mejor sería ir a comer antes de que cerrasen el restaurante. Salté de la tumbona y comencé a caminar hacia el comedor. Pregunté. Me indicaron. No había nadie en la cola del self-service. La mayoría de la gente ya había comido.

Pollo con patatas y una manzana me pareció lo adecuado para matar el gusanillo. Cerveza para refrescarse.

Cogí la bandeja y elegí una mesa que estaba junto a un ventanal desde donde se veía el mar. El panorama no podía ser más agradable. La mitad del restaurante estaba ocupado. Casi todo eran grupos de tres o cuatro personas, algunos padres con sus niños, parejas y algún que otro solitario como yo. Imaginé que el pollo era un suculento cabrito asado y que éste era el mejor restaurante que podía haber elegido.

La mesa contigua a la mía me interesó. Dos chicas de unos veinticinco o treinta años conversaban animadamente entre sí, mientras devoraban con avidez una apetitosa merluza rebozada. Las observé con atención, pues destacaban del resto de la gente.

—Pásame el aceite ¿quieres? —le dijo la una a la otra.

—Oh, sí, perdona —le contestó— No me había dado cuenta. Pero no abuses, que engorda.

—No te preocupes, que sé lo que hago. Ahora, el vinagre.

—Cuidado, no te manches. Toma

La que estaba de espaldas a mí, morena, empezó a aliñar la ensalada, dando vueltas con la vinagrera en círculos perfectos. La dejó cuidadosamente en su sitio, evitando cualquier mancha.

—Lo vi una vez en una película italiana. De Sordi, me parece que era. Cinco cucharadas de aceite por una de vinagre. Es la proporción ideal.

—¿Quieres sal?

Su compañera asintió con la cabeza.

Ya la echo yo. ¿Así está bien?

—Estupendo, gracias.

Comían con apetito. La botella de vino rosado que estaba en el centro de la mesa, estaba semivacía. Miré a la chica de pelo corto y castaño que comía pescado. Nuestras miradas se encontraron durante unos segundos. Desvió la vista hacia su amiga y continuaron la conversación. Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. De repente la mujer morena se giró.

—Estás muy solo, ¿no? ¿quieres sentarte con nosotras? Es mejor comer acompañado. Sabe mejor.

—Me quedé gratamente sorprendido y acepté gratamente su invitación. No podía desaprovechar la ocasión de conocerlas. Cogí la bandeja con la comida y me senté con ellas a la mesa.

—Me llamo Juan —dije presentándome— ¿Y vosotras?

—Me llamo Gloria —contestó la chica de pelo corto y castaño— Ella es Luisa.

Por un momento, la de Luisa me pareció una cara conocida, un rostro familiar. La miré fijamente a los ojos.

—¿Porqué me miras así? ¿Es que tengo monos en la cara? —me dijo ella.

—Oh, no te molestes, por favor. Es que tu cara me recuerda a alguien. Es como si ya te hubiera visto antes —le repliqué en tono de disculpa.

—Pues, chico, yo es la primera vez que te veo, y tu cara, la verdad, no me recuerda a nadie —dijo con cierta ironía.

Un agradable silencio reinó en la mesa. Observé atentamente a Luisa. No. No la había visto nunca. Pelo negro, ojos negros, tez morena.

—¿Viajas solo? —inquirió con cierta curiosidad.

—Sí. Voy solo. Tengo que hacer un reportaje sobre Menorca. Soy fotógrafo ¿sabes?

—Muy interesante —contestó Gloria— No todos los días se conoce a un periodista.

—No, desde luego que no —dijo Luisa secándose cuidadosamente los labios con una servilleta.

—Bueno... periodista, lo que se dice periodista, no soy —dijo intentando aclarar el malentendido— Yo me dedico a la fotografía en plan profesional, para revistas nacionales y extranjeras. Hago fotos, me las compran y luego las publican por ahí. Así de sencillo.

—¿Y es rentable? —preguntó Luisa.

—Oh, no. Rentable no es. Da lo justo para vivir. Pero es divertido.

—¿Haces fotos de chicas? —dijo Gloria insinuante.

—Sí las he hecho. Pero esporádicamente. Da dinero, pero está controlado por una especie de mafia. Hace tiempo que las he dejado de hacer y, por el momento, no pienso volver a hacerlo. Aunque nunca se sabe.

—¿Nos harías unas fotos a nosotras desnudas?

—Cuando queráis.

—Tomaron rápidamente el café. Ambas se levantaron sin prisa. Sonrieron".

Hasta pronto —dijo Luisa— Que te aproveche la comida "

Les dije adiós mientras las veía alejarse. Al momento, las perdí de vista. Me volví a quedar solo, mondando una manzana. Miré hacia el mar. Estaba más tranquilo que antes, menos embravecido. Terminé de comer, dejé la bandeja donde estaba y salí del comedor. Volví nuevamente a mi asiento.

La comida, el calor, el suave balanceo del barco... todo invitaba a una dulce siesta. Las manecillas del reloj marcaban inexorablemente el paso del tiempo, indicando, involuntariamente, que el viaje entraba en su último tramo. Se oían comentarios por doquier sobre si veía ya la costa. Discusiones sobre que los precios serían más baratos o más caros que en la península. Un grupo de chicas y chicos vascos entonaban una canción popular. Uno de ellos tocaba con poca fortuna una guitarra. El ambiente que me rodeaba era de una calma casi monacal ¿Dónde estarían mis ocasionales compañeras de mesa? Curiosamente las echaba de menos.

Me rasqué la oreja derecha. Algunas gotas de sudor me humedecían la frente.

Cerca de mí, una pareja de alemanes se entretenía jugando una partida de ajedrez. Grupos de personas entraban y salían constantemente de la sala en la que yo me encontraba, con el espíritu de deambular sin rumbo fijo y con el ánimo puesto en llegar pronto a puerto.

Unos suaves golpecitos en el hombro me hicieron volver rápidamente la cabeza.

—¡Qué sorpresa Luisa! ¿Porque tú eres Luisa ,verdad? —exclamé con alegría.

—¡Qué tal! Sí, soy Luisa. ¿es éste tu asiento? Pensaba que ibas en litera, en camarote —me respondió.

—Pues ya lo ves. Aquí estoy. No me gustan los camarotes. Me dan claustrofobia.

—Ya. Pero es más incómodo.

—Es cierto. Pero como es un viaje relativamente corto, me da igual. Total son sólo diez o doce horas. ¿ Vosotras vais en camarote ?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Lo he deducido de tus palabras. Has estado ensalzando las ventajas del camarote...

—Sí, claro —replicó asintiendo.

—Y Gloria ¿dónde está?

—Durmiendo. Estaba cansada y tenía sueño. Yo he preferido dar un paseo. No se puede caminar todos los días por un barco.

—Ciento. Y además hace un día estupendo. Oye, ¿te apetece tomar algo?

—Sí. Me apetece, Juan. Para que veas que me acuerdo de tu nombre.

Me levanté velozmente de mi asiento, me colgué el equipo fotográfico al hombro y me reuní con ella.

—Dos cervezas, por favor —le dije al camarero.

—Nos las bebimos en un santiamén.

—¿Damos un paseo? —le pregunté sin mirarla.

—Demos un paseo.

—Salimos a cubierta. El suelo estaba húmedo y el viento acarició nuestros rostros algo sudorosos. Empezamos a caminar hacia proa. Miré hacia el horizonte buscando la ansiada línea de tierra. En efecto. A lo lejos se insinuaba ya la isla de Menorca. Estábamos cerca. Unas dos horas y llegaríamos a puerto.

—Me gusta mucho el olor del mar —dijo ella— Creo que no podría vivir en un lugar que no lo tuviera. Da sensación de libertad ¿no te parece?

—Desde luego. Pero uno se acostumbra a todo. Hay mucha gente a la que le gusta la montaña, la naturaleza agreste, la hierba, los prados... el mar no lo necesitan para nada. Te lo digo porque yo conozco gente de Castilla y Extremadura y no anhelan el mar.

—Puede ser. Pero les gustan los ríos, las corrientes de agua. Creo que es una compensación. El mar hay que sentirlo, hay que vivirlo, hay que conocerlo. Es entonces cuando lo echas de menos. Cuando no lo tienes, cuando hace tiempo que no lo has visto, que no has tocado. No sé como explicarlo.

—Lo estás diciendo muy bien. Te entiendo perfectamente.

Alguien me llamó por mi nombre y me sorprendí. Detrás de mí estaba Carlos Montes. Hacía más de tres años que no nos veíamos. Era un periodista conocido. Nos fundimos en un abrazo. "